

## Incertidumbre después de la Guerra Fría

### La política exterior de Estados Unidos, América Latina y la política presidencial

MICHAEL SHIFTER

Más de un cuarto de siglo antes del fin de la Guerra Fría, Lenny Bruce, comediante estadounidense perspicaz y controvertido de los años 50 y principios de los 60, ya lo veía llegar. En una de sus rutinas típicamente ácidas predijo que Estados Unidos se vería en grandes aprietos una vez desaparecida la escisión entre comunismo y capitalismo. Bruce afirmó que los estadounidenses necesitan sentirse protagonistas de un drama sobre el bien y el mal (de parte de los buenos, por supuesto) y que tienen una compulsión psicológica por encontrar quién cargue con la culpa de todos sus males; temía que, ante la falta de una amenaza externa, los estadounidenses se volvieran unos contra otros.

Como de costumbre, Bruce estuvo en lo cierto. Lo sorprendente es que en el periodo posterior a la Guerra Fría los ánimos en Estados Unidos no denoten felicidad y triunfo. Hoy se muestran desacostumbradamente avinagrados, hoscos y melancólicos. Los sondeos revelan, una y otra vez, incertidumbre y ansiedad generalizadas por el futuro del país. En la portada de un número reciente del semanario US News and World Report se mencionó el artículo "De frente: ¿qué ha pasado con la buena educación?", que trata sobre la descortesía y aspereza crecientes que enfrenta la vida social.

De acuerdo con la tradición, los estadounidenses buscan blancos adecuados contra los cuales descargar su antipatía, y encuentran los de costumbre: el gobierno, los banqueros e inversionistas de Wall Street y las diferentes minorías. Si un marciano cayera de repente en Estados Unidos llegaría a la conclusión de que en realidad ese país perdió la Guerra Fría.

A juzgar por los ánimos, el marciano también podría pensar que Estados Unidos se encuentra inmerso en una depresión o recesión económica. Sin embargo, éste no es el caso. Afortunadamente, la economía va bien; el desempleo y la inflación tienen niveles bajos y el crecimiento es moderado. Asimismo, el mercado de valores ha registrado un aumento constante. También es cierto que los salarios están estancados, que los niveles de vida continúan deteriorándose, que la brecha entre ricos y pobres se está ensanchando, y que la cantidad de despidos 40,000 trabajadores de la empresa AT&T es el ejemplo más dramático están exacerbando la sensación de incertidumbre. Pero desde otra perspectiva (en comparación con los múltiples periodos de dificultad económica que registra la historia de Estados Unidos y de otras regiones del mundo —por ejemplo los altos niveles de desempleo de diversos países europeos) el país va bastante bien y debería, en teoría, sentirse satisfecho por ello.

Bill Clinton tal vez sea el presidente ideal para el periodo actual. En extremo seguro y flexible, por un lado, y angustiado y mortificado por otro, Clinton es la personificación misma de la ambivalencia y la confusión por las que atraviesa su nación. A menudo recibe

críticas por su falta de convicciones sólidas, hecho que tal vez represente el síndrome clásico de un mundo carente de polarización ideológica intensa.

Las acusaciones que recibe Clinton con mayor frecuencia se refieren al terreno de la política exterior. Un gran número de ciudadanos considera que los asesores principales del presidente Warren Christopher en el Departamento de Estado y Tony Lake en el Consejo Nacional de Seguridad son poco eficientes e imaginativos; se piensa que son incapaces de formular un marco de referencia y una estrategia coherentes para orientar la política exterior de Estados Unidos, que en la actualidad pareciera ser reactiva, ad hoc e inconsistente. Sin embargo, los encargados de la política exterior no han logrado proponer una alternativa que se ajuste a los intereses y valores del país. En realidad, lo más inquietante es la inercia institucional y la incertidumbre conceptual en que quedaron sumergidas tanto la política como la comunidad política después de la Guerra Fría.

La política de Estados Unidos hacia América Latina refleja esta incertidumbre. Durante un buen número de años los analistas han comentado acerca de la notable fragmentación en la formulación de la política para la región —cada organismo o rama gubernamental persigue intereses y programas distintos con una coordinación sorprendentemente escasa. Esto va de acuerdo con la tradición "liberal" clásica que rige en ese país, que se caracteriza por las diversas diputaciones que intentan apropiarse de las diferentes partes de la maquinaria gubernamental. Pero como afirmara Peter Smith, de la Universidad de California en San Diego, en su nuevo libro *Talons of the Eagle: Dynamics of US-Latin American Relations* (Las garras del águila: la dinámica de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina), en la actualidad la formulación de la política hemisférica reviste un desorden particular y carece de un principio rector que oriente y anime las decisiones claves.

Para bien o para mal —con frecuencia para mal— durante 45 años la Guerra Fría ofreció cierto grado de coherencia.

En el contexto de una administración que se ha concentrado en los asuntos internos y que ha concedido a Latinoamérica una prioridad relativamente escasa (Clinton es el primer presidente en varias décadas que no ha efectuado una visita a países de América Latina durante su gestión —aunque sí pasó unas cuantas horas en Haití, al retorno del presidente Aristide) la política hemisférica ha sido altamente fragmentaria y estuvo impulsada, en mayor medida que de costumbre, por intereses políticos internos. Se han formulado conjuntos de políticas discretas dirigidas por grupos bien definidos de funcionarios en diferentes sectores gubernamentales sobre Cuba, Haití, México, el comercio, el narcotráfico, Perú-Ecuador y la inmigración. La política hacia México, por ejemplo, salió del Departamento del Tesoro; la de tráfico de drogas, del Departamento de Estado; la de comercio, de la oficina del Representante Comercial, y la de Cuba, por supuesto, de la Casa Blanca. En la actualidad la política para América Latina depende del asunto de que se trate y de la persona con quien se hable.

En términos generales, la política de la administración Clinton hacia la región latinoamericana ha tenido dos éxitos y dos fracasos. Los éxitos fueron la aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) a finales de 1993 (hay quienes consideran que éste fue el mayor logro de la gestión de Clinton) y el retomo del presidente Aristide a Haití en octubre de 1994. Los fracasos han sido Cuba y la política sobre tráfico de drogas, en cuyo caso el gobierno estadounidense respondió a intereses políticos internos y actuó de manera unilateral. Los objetivos de estas políticas —lograr una transición democrática pacífica en Cuba y poner un alto al flujo de drogas hacia Estados Unidos están lejos de cumplirse.

Paradójicamente, conforme avanza la campaña electoral de 1996, Clinton podría resultar menos vulnerable con relación a sus fracasos que a sus triunfos. México tiene una imagen pública negativa entre ciertos sectores estadounidenses debido a la crisis financiera que sufrió durante 1995, al aumento del tráfico de drogas que se registró en todo el país, y particularmente por ser la fuente principal de un flujo incesante de inmigración ilegal. Los problemas que surjan en México a partir de esta fecha y hasta el 8 de noviembre podrían tener un costo político alto para Clinton. Cualquier resurgimiento de la violencia en Haití podría desencadenar una oleada de inmigración hacia Estados Unidos, lo que representaría un problema serio para el presidente durante los próximos meses.

La estrategia general de reelección de Clinton, sin embargo, tiene escasa relación con la política hacia América Latina. Su enfoque es astuto: adelantarse a los republicanos en torno a cierto número de problemas generalmente identificados como "conservadores" (los uniformes escolares, el chip electrónico que permite a los padres de familia excluir el sexo y la violencia de los programas de televisión que ven sus hijos, y una patrulla fronteriza poderosa), usurpar su programa en ciertos rubros (el crédito fiscal) y, al mismo tiempo, hacerlos aparecer como malintencionados por estar a favor de los recortes drásticos en diversos programas asistenciales del gobierno.

El que Clinton haya sido tan diestro y presidencial en momentos tan difíciles como las bombas que estallaron en la ciudad de Oklahoma el pasado mes de abril, el asesinato del primer ministro israelí Isaac Rabin y la catástrofe aérea de Bosnia, también le han dado relevancia política. Hasta ahora, las cosas parecen funcionar a su favor: los sondeos demuestran que le lleva una delantera entre 15-20% al senador Bob Dole, arrogante candidato republicano.

No obstante, un gran número de comentaristas en Washington predicen una contienda cerrada, y hay quienes afirman que Dole incluso compite con cierta ventaja. De inmediato mencionan que Michael Dukakis llevaba una delantera de 19 puntos hasta tres meses antes de perder frente a George Bush en las elecciones generales y que el supuestamente invencible Bush dejó escapar un tasa de aprobación de 91% después de la Guerra del Golfo, antes de perder frente a Clinton en noviembre de 1992. Los sondeos muestran, por ejemplo, que Clinton es vulnerable en el área de "liderazgo moral". En el caso de Dole, el candidato que elija para el cargo de vicepresidente podría darle cuando menos cierto relieve sustantivo si se tratara del general Colin Powell. La economía podría experimentar un giro negativo durante los meses próximos. Cualquier problema de política exterior —en Bosnia, Rusia, el Oriente Medio o Haití— podría también perjudicar a Clinton. Por otra parte, la geografía política de Dole, que resulta esencial para el sistema del colegio electoral estadounidense, se presenta alentadora; el Partido Republicano tiene asegurados diversos estados del sur y del oeste —con excepción de California, que en la actualidad pareciera estar totalmente a favor de Clinton.

De la misma manera que Clinton se benefició al compararse con el presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, ahora inmensamente impopular después del triunfo republicano de 1994 en el Congreso, Dole ha obtenido ventaja del reto que Pat Buchanan representa para su propio partido.

Buchanan, a quien se calificó como "el único demócrata en la contienda" por haber defendido los derechos laborales y haberse opuesto a los tratados comerciales internacionales, ha hecho que Dole parezca más de centro y moderado —precisamente por lo que se inclina la mayoría de los votantes estadounidenses. No obstante, la retórica de Buchanan, más que la de cualquier otro candidato, ha vuelto realidad la profecía de que los

estadunidenses se están volviendo desagradables y están luchando entre ellos ante la ausencia de un "enemigo externo". Buchanan, quien representa apenas 10% de los votantes del Partido Republicano, podría empujar a Dole todavía más hacia la derecha en torno a diversas cuestiones, incluyendo la inmigración y el aborto.

Con relación a los asuntos que preocupan a la mayoría de los latinoamericanos, probablemente existan pocas diferencias discernibles entre una segunda administración de Clinton y un gobierno de Dole. Ambos partidos, por ejemplo, no tienen el mismo número de simpatizantes del libre comercio y el proteccionismo. Aún así, existen ciertos matices. Sería más probable que los programas bilaterales y multilaterales sufrieran recortes más severos bajo la administración de Dole que bajo la de Clinton. Por otra parte, el tipo de intervención que se llevó a cabo en representación del presidente Aristide de Haití habría sido difícil de imaginar bajo cualquier administración republicana.

Pero sin importar el partido que ocupe la Casa Blanca o el Congreso, sigue vigente el reto de integrar un marco de referencia fresco que contribuya a darle sentido a un mundo diferente. Conforme se aproxima el fin de siglo, los estadunidenses tendrán la oportunidad de probar que Lenny Bruce se equivocó, y podrán demostrar que es posible un enfoque matizado y constructivo —no una moraleja sobre el bien y el mal— inmediatamente después de la Guerra Fría.

Director de programa de interamerican Dialogue, Washington DC. Una versión de este material apareció previamente en la revista Quehacer en Perú.

Traducción: Lourdes González Varela